

EL SINGULAR CASO DE ANNA BELLE PORTER

Septiembre de 1931 fue un mes prolijo en fenómenos cuanto menos, extraños, pues hubo dos lluvias, una de ranas y otra de culebras, dos hombres y una mujer murieron por sendas combustiones espontáneas, nacieron cuatro niños y siete niñas con malformaciones, los suicidios aumentaron un cuatrocientos por ciento, se avistaron extraños aparatos en los cielos, muchos perros ladraron días enteros sin cesar, las emisiones de radio se entrecortaron sin causa aparente... Todos estos inexplicables sucesos sucedieron en apenas treinta kilómetros cuadrados, según estudios recientes, aún inconclusos, llevados a cabo por el reputado periodista, Charles Fort. Pero si hubo un caso raro por encima de todos los demás, fue el singular caso de Anna Belle Porter, una alegre niña de once años, que estando una tarde jugando a la comba en el jardín de su casa, no habiendo nube alguna en el cielo, recibió el impacto de un rayo en la mano derecha; logró salvar la vida, pero perdió la mano.

Mientras convalecía en la cama presa de una altísima fiebre, le empezó a crecer en el muñón un fino apéndice hasta alcanzar en un par de días trece centímetros. El médico no se lo podía explicar. Intentó convencer a los padres de que era necesario su traslado a un hospital, pero se negaron a ello.

De dicho apéndice, que en las últimas horas no paraba de moverse como si de vida propia fuese dotado, salieron otros tres más; Anna acabó entrando en coma, pero aún así no dejaban de crecer y crecer aquellos apéndices que nunca se quedaban quietos, tanto, que se enrollaron como gusanos en su inmóvil cuerpo, terminando por envolverla semejanado un capullo de seda.

Las autoridades sanitarias denunciaron a la policía tales acontecimientos. Cuando llegaron a la casa los agentes para arrestarles y precintarla, se encontraron con un inaudito espectáculo: la niña se había convertido en una mariposa de vivos colores sedienta de sangre, pues estaba literalmente libando el cerebro de su padre; ya había dejado seca a su madre, la cual reposaba con un rictus espantoso sentada en el suelo junto a la pared con la cabeza abierta por arriba. Las balas que le dispararon los agentes apenas hicieron mella en ella. Tuvieron que huir amenazados por el alado monstruo, sujetando desde fuera la puerta de la casa con sus pies y manos. Los minutos siguientes fueron muy largos hasta que llegaron los refuerzos, los cuales avisaron a los bomberos, para esta vez no para echar agua, sino para prender fuego a la casa con Anna, o lo que quedaba de ella, dentro. Pero no contaron con que escapara rompiendo el cristal de una ventana. Durante los días siguientes sembró el terror en toda la comarca.

Así contó Isaías Lombard, jardinero, el encuentro con ella:

Estaba yo en mi jardín después de cenar fumando tranquilamente, cuando un zumbido de los demonios me sobresaltó. Cuando vi aquella cosa con enormes alas transparentes me cagué en los pantalones, aunque quede mal decirlo. Gracias a Dios, que alabado sea, dicho de paso, tenía a mano un bate de béisbol y logré espantarla. Me metí en casa y cerré puertas y ventanas. No pude pegar ojo hasta que se hizo de día. A quien se lo cuento me dice que beba menos. ¡Pero yo lo vi! ¡Vaya que sí lo vi!

También se topó con el demonio alado la señora Gertrudis Pertelton, ama de casa, que manifestó:

Estaba haciendo la colada como cada mañana. ¡Santo Dios! ¡Qué miedo me dio ése bicharraco! Iba a por mí descendiendo muy rápido del cielo con aquella cacho boca abierta y llena de dientes muy afilados. Por suerte tenía a mano el escobón y le aticé un par de veces por lo menos. Cuando se marchó dando esos acabé de poner la colada muy nerviosa. ¡Pero qué bicharraco más feo, por Dios!

Luego de aquellos días ya no se supo más de Anna Belle Porter, o en lo que se convirtió.